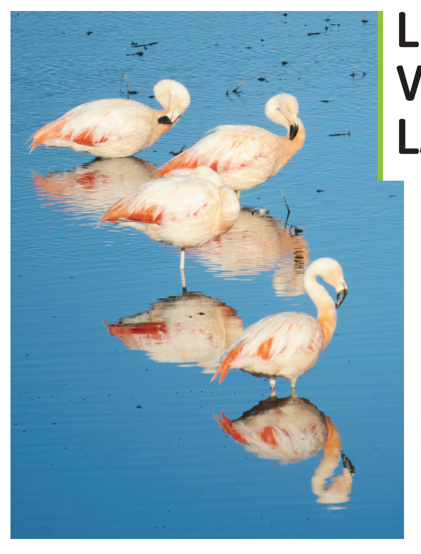


LOS DIOSES VIVEN Y MUEREN CON LA NATURALEZA

Claudio Bertonatti
Museólogo. Profesor de la Cátedra UNESCO de Turismo Cultural (UNTREF/AAMNBA, Buenos Aires, Argentina. Miembro del Consejo de Administración de FARN y asesor de la Fundación de Historia Natural Félix de Azara

RESUMEN EJECUTIVO

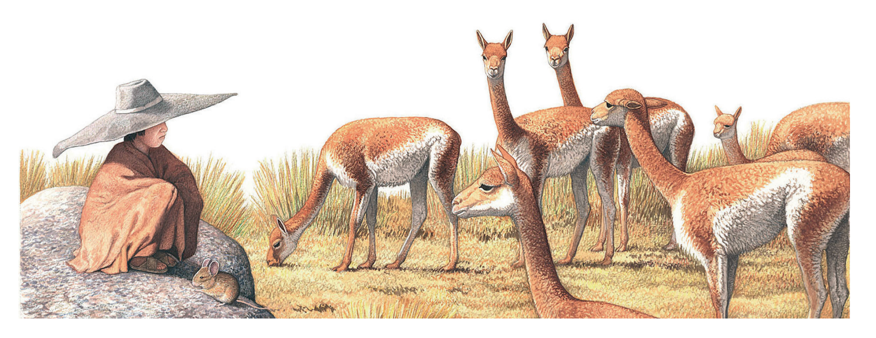
Existen muchas más deidades que las veneradas por los creyentes urbanos y rurales. Algunas moran en montañas, llanuras, ríos, bosques, selvas, esteros y mares. Viven en ámbitos naturales y silvestres desde lo más añejo del poblamiento humano, acompañando mitos y leyendas ancestrales. Y existen desde el momento en que se las sigue nombrando y en quien las menciona o cree en ellas. Estos seres –que occidentalmente catalogamos como "sobrenaturales"– son tan reales y naturales para las distintas culturas que los referencian como cualquiera de los distintos organismos (hongos, plantas, animales) para la ciencia.

Así, en la Argentina y países vecinos tenemos numerosos ejemplos. En los cerros, valles y planicies precordilleranas, a Coquena o Llastay (calchaquí) protegiendo los rebaños de vicuñas. En las montañas de los Andes a los Apu Wamani (quechua) y Hunuc Huar (huarpe). En la región chaqueña, el pícaro Tokjuaj, el protector Suweletaj (ambos, wichíes) y el heroico Nowet (qom) en los bosques. En sus ríos está su "dueño" pilagá, Wédayk (pilagá) y en los esteros, su par: Lek. En las selvas litoraleñas, el popular Pombero y el temido Caá Porá (mbyá guaraní). Y, en los bosques más australes, el poderoso Ngenemapun (mapuche) o el pequeño Kohlah (selknam), por mencionar solo unos pocos de las muchas entidades que existen.

Sin embargo, estos seres espirituales son más vulnerables que otros que cuentan con templos para resguardar su memoria, rendirles culto o reunir a sus creyentes. La existencia de la enorme mayoría de los primeros depende exclusivamente de la conservación de los paisajes silvestres que los contienen. Y es ahí donde la voladura de los cerros con dinamita, el incendio de las selvas, la deforestación de los bosques, el drenaje de un estero o la contaminación de las aguas desangra y esfuma ese panteón de divinidades que sólo habitan en esos ecosistemas. Ecosistemas que los protegen y a los que espiritualmente custodian. Esto último se ratifica cuando se encarnan en mitos, leyendas y otras creencias ancestrales que siguen vivas.



Leyes y leyendas



► *Coquena, el Dios protector de la fauna andina, velando por el cuidado de las vicuñas.*
Ilustración del artista Aldo Chiappe

En culturas donde no había (o hay) un poder legislativo esas creencias funcionan además como un marco normativo que esclarece acerca de lo que está bien y de lo que está mal. Es así que un conjunto de relatos tradicionales funciona como un código moral cuyas “leyes” se articulan a través de la narración de leyendas, transmitidas oralmente de una generación a otra. A diferencia de los mitos, tienen una intencionalidad moralizante y con un anclaje a algo que existe (ya sea el lugar, el protagonista, su geografía u otro rasgo del relato). Siempre dejan un mensaje pedagógico y previenen sobre las situaciones negativas o las conductas no deseadas para el bienestar de una comunidad. Por ejemplo, es común que algunas de ellas apunten a evitar que los niños se alejen fuera de su casa durante la noche a riesgo de perderse, lastimarse o ser víctimas de animales peligrosos. Es ahí donde amenazan con su presencia atemorizante los distintos seres de la noche, como “La Umita” y “El Ucumar”. Tal vez de este último (cuyo soporte zoológico y tangible es el oso de anteojos, *Tremarctos ornatus*) ha sido el origen de una de las leyendas urbanas más populares: “El Cuco”, dado que este nombre podría derivar de “Uco” o “Juco”, otras de las denominaciones populares del único oso verdadero de Sudamérica, presente también en la Argentina. No es inusual que el narrador conozca la función pragmática de la leyenda y la responsabilidad que le cabe, porque con su literatura oral estructura una parte ineludible de la preservación de la identidad de su comunidad.

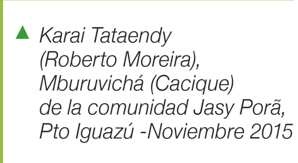
Hay pueblos originarios que en su lengua no tienen una palabra para nombrar lo que llamamos “naturaleza”, porque para esas personas es imposible disociar ese concepto con el de “casa”, su casa. En esa misma “casa” es donde también habitan sus seres metafísicos, sus mitos, leyendas o dioses. Por ello, la destrucción de los paisajes silvestres los afecta directamente

en su universo espiritual. Los desampara en el más amplio y despiadado sentido. Los despoja de su fuente de alimentos, medicinas, maderas, frutos, semillas, cueros, plumas, fibras vegetales y otros numerosos recursos. Pero además los priva del contacto y de las posibilidades de comunicación con sus divinidades. En esas circunstancias destructivas muchos chamanes quedan "a ciegas", sin la oportunidad de realizar consultas, ruegos o pedidos a seres cuya permanencia local dudosamente persiste en su ámbito natural cuando desaparece o se degrada. Resultaría desconcertante, insensato, artificial, falso y hasta ridículo invocarlos en un *"feedlot"*, en un campo de soja, en un pozo de petróleo o en el cráter de una minera a cielo abierto. El reemplazo de las áreas naturales, entonces, por áreas artificiales, desde el plano cultural, constituye un *epistemicidio*: mata las posibilidades de aprender, generar conocimientos y transmitir saberes comunitarios y ancestrales. Mientras leemos, ahora mismo esto sigue sucediendo en buena parte del mundo bajo el auspicio de la discriminación, el desconocimiento o la indiferencia de quien destruye o manda destruir. Hace mucho tiempo, el antropólogo Claude Lévi-Strauss lo explicó claramente: *"cuanto menores eran las posibilidades de las culturas humanas para comunicarse entre sí (…) menos capaces eran sus respectivos emisarios de percibir la riqueza y la significación de esa diversidad"*.

¿Hacia un *cosmocidio*?

El *epistemicidio* tiene su correlato en el plano natural: es el *ecocidio*. Cuando ambos se integran el resultado podría llamarse *cosmocidio*, es decir, la destrucción de un paisaje que conjuga la naturaleza con su cultura asociada.Sucede que al arrasar o arruinar un bosque, un pastizal, una selva, un cerro, un estero o un río vemos que no solo desaparece la biodiversidad. Con ella se esfuma el "hábitat" de los seres espirituales que la protegen y que –a su vez– ellos protegen. El resultado final





▲ *Karai Tataendy (Roberto Moreira), Mburuvichá (Cacique) de la comunidad Jasy Porã, Pto Iguazú -Noviembre 2015*

► *Mujer de Chalala, Jujuy. Febrero 2008*

Fotos Claudio Bertonatti

Foto: Claudio Bertonatti.



▶ *Deforestación en Acambuco, Salta - Octubre 2008*

de la tierra o el humedal transformado tiene una consecuencia dramática en lo cultural: desintegra la identidad de los pueblos que allí vivieron desde tiempos antiguos.

En ambos casos, la diversidad biológica de genes, especies y ecosistemas –como la riqueza de lenguas, tradiciones, ritos y creencias– gestadas durante miles de años pueden desaparecer en un par de siglos, en un par de décadas y hasta en un par de días. Nos toca vivir en un tiempo que nos tiene como testigos de este proceso que se motoriza con la mayor de las velocidades conocidas a lo largo de la historia humana.

Muchas personas tienen conciencia sobre la pérdida de biodiversidad, la extinción de especies y el sufrimiento de los animales. Pero la mayoría no imagina, lamenta ni expresa con igual intensidad o emoción la compleja trama de pérdidas materiales y espirituales de la gente que vive en esos sistemas naturales.

Conocimiento, sensibilidad y compasión

En cuestión de sensibilidades hay mucho trabajo por delante y en varios frentes. En el campo de "lo natural" sabemos que hay más emoción, evocación y movilización en torno al padecimiento de los animales que al de las plantas, hongos y demás formas de vida, incluyendo los suelos. Y de un modo poco racional: se prioriza la preocupación por los individuos por sobre las poblaciones, el de las especies por sobre los ecosistemas, las ecorregiones y los biomas. Hay mayor desvelo por la conservación de los

animales que por las plantas y a su vez, mayor congoja por la suerte de éstas que por la de los suelos. Debería ser exactamente al revés en todos estos casos si lo que se pretende es salvar el mayor número de vidas, pero ese orden obedece a la capacidad perceptiva y emocional que se elabora desde el conocimiento, muchas veces, precario y sesgado desde el lugar donde se lo incorpora.

Palabras como “especie”, “ecosistema” o “bioma” para la mayoría de las personas se traducen en conceptos imprecisos, cuando no ignotos o abstractos. Por eso, la suerte de un individuo animal es algo más conocido y tangible. Mucho más cuando pertenece a una variedad doméstica. Tampoco da lo mismo a la mayoría de la gente urbana si ese animal es invertebrado (molusco, insecto, gusano, araña) o vertebrado (pez, anfibio, reptil, ave, mamífero) y mucho menos si dentro del último grupo de los vertebrados si se trata de un pez o de un mamífero. Y si vamos más allá, entre los mamíferos no conmueve con igual intensidad el padecer de un roedor que el de un primate. Por regla general experimentamos mayor compasión o empatía por lo que más se nos parece. A una escala de biomas (que engloban ecorregiones y ecosistemas enteros) siempre va a inspirar mayor sensibilidad lo que le suceda a la *biocenosis* (conjunto de seres vivos) que al biotopo (o conjunto de factores abióticos como el agua, el aire o los minerales). Y para no pocos la suerte de un río despierta menos interés que la de un mono.



► *Basural en la costa del Río Matanza Febrero 2008*

Foto: Claudio Bertonatti

De este modo, si contrastamos la suerte de “lo natural” con la de “lo cultural”, lo último pareciera importar mucho menos a la sociedad. Pensemos, en qué despertaría mayor compasión: ¿la muerte de un animal enfermo o la destrucción de una antigua pieza arqueológica? ¿La extinción de una especie o la de una cultura? Mejor, dudemos, porque no hay una incompatibilidad en ser compasivos y conmovernos con ambas.

De lejanías y esperanzas

Las personas que viven en ciudades suelen estar lejos física, intelectual y emocionalmente de la naturaleza. Acaso, cuántas especies silvestres de su entorno natural más cercano son capaces de nombrar y reconocer. De cuántas de ellas pueden contar un rasgo interesante. Viven más bien desconectadas del mundo natural y su conocimiento sobre ese universo es cada vez es más indirecto y precario. Esa lejanía les impide aprender y reconocer sus señales, olores, sabores, texturas, sonidos, peligros, advertencias, usos, medicinas, valores, su vida. Aislados en ecosistemas tan artificiales como una ciudad el aprendizaje es más fácil que llegue de la mano de la tecnología, pero de una tecnología que no está siempre al servicio del saber ni de la conservación, sino más bien del consumo, las apariencias y la trivialidad. Desde luego, hay distintas formas de aprendizaje y esas tecnologías pueden integrarse y complementarse. Bien usadas serían de enorme potencia, pero dominan los medios y modalidades que están al servicio del consumismo más que al de la moralización de la sociedad. Por eso vivimos arruinando el mundo y su belleza. Desmantelamos las áreas silvestres, las deforestamos, las “desfaunamos” y las deshabitamos. Desalojamos sus dioses y a quienes los respetan o adoran. Ver “El caso de Nowet” al final del artículo.

Este proceso destructivo lo comandan las ambiciones desmedidas de empresarios inescrupulosos, políticos corruptos y jueces injustos que se abusan de la lejanía y el desconocimiento que las personas de bien tienen acerca de los dramas de la naturaleza y de la gente que vive en ella. Es difícil modificar las mentes y los corazones de cada decisor convencional cuando destruir es un buen negocio. Pero el bien existe, como existe la esperanza. Y hay algo más poderoso que el dinero: la cultura. Esta última es su inventora y la única capaz de acotarlo o “ubicarlo” en el lugar que le corresponde. Ese lugar no es el de una deidad precisamente, sino el de una ofrenda que debe ser útil para salvar la diversidad de esa riqueza natural y cultural que sobrevive pese a todo.

El caso de Nowet

El viernes 19 agosto de 2016 se mantuvo una entrevista[1] con la señora Juana Silvestre sobre distintos aspectos del patrimonio inmaterial de la cultura qom a la que ella pertenece. Ella integra la organización *“Madres Cuidadoras de*

[1] Esta parte de la entrevista puede ser escuchada o descargada desde el siguiente enlace: https://archive.org/details/JuanaSilvestreComunidadQomDePampaDelIndioChacoSobreLaExistenciaDeNowetGrabadoPor

la Cultura Qom", en cuya sede, ubicada en un ámbito rural de las afueras de Pampa del Indio (provincia del Chaco, Argentina) se desarrolló esta conversación mientras otras mujeres de la comunidad dialogaban con Hernán Ramírez, Lorena E. Pérez y Gonzalo Martínez.



Analía Rodríguez del centro Qom Qomlashepi Onataxinaxaipi - Fortín Lavalle, Chaco.



Eusebia Lorenzo del centro Qomlashepi Onataxinaxaipi en el monte chaqueño Agosto 2016

Fotos: Claudio Bertonatti

A continuación se transcribe un segmento de la misma, respetando los modismos de la entrevistada.

En esta parte de la conversación se aborda centralmente la existencia de *Nowet* (*No'huet, Nauétt, Nogüét* o *No'uet*). Para los qom, este es "el Señor" de la naturaleza y, por consiguiente, de todos los animales y de todas las plantas. Aunque no es su creador, existe desde su origen y se complementa con "el Dueño" de distintos animales o grupos de animales silvestres. Poderoso protector del bosque, impone las normas (más o menos estrictas) en todo lo relativo a la apropiación de las especies silvestres y digita los fenómenos meteorológicos. De este modo, subordina y articula prácticamente la totalidad del universo qom, porque estructura no solo su mundo material sino también el espiritual. En ese contexto e intercediendo entre ambos campos se comunica con los chamanes o *piognak* para iniciarlos, darles sus dones, conocimientos o poder. Pero también es capaz de supervisar la conducta del resto de las personas y, en particular, en la naturaleza. Por eso se le pide permiso o autorización al momento de ir a cazar o recoger miel o frutos, semillas, hojas, maderas u otros recursos. Y el mal obrar tiene consecuencias que *Nowet* traduce temiblemente en distintos padecimientos, castigos, enfermedades y hasta en la muerte. Este celoso guardián del monte penaliza la muerte innecesaria o excesiva de sus animales (charatas, guazunchos, armadillos, pecaríes o chanchos del monte) o de aquellos que están protegidos y vedados, como el aguará guazú. Incluso, puede castigar

hasta la falta de cuidados o atención puesta hasta en los restos del animal cazado, porque también tiene espíritu.

Los bosques chaqueños (cuya fisonomía queda delineada por un conjunto de quebrachos, algarrobos, carandá o itín, palmas y chaguares) son el ámbito ancestral de la cultura qom y, por consiguiente, de Nowet. Por ello debe asumirse que el sostenido proceso de degradación y destrucción que los viene reduciendo en superficie y empobreciendo en diversidad biológica no puede resultar ajeno a estas personas, sus saberes, su cotidianidad, su economía, su espiritualidad, su calidad de vida y hasta su autoestima. En los cinco minutos que duró esta parte de la entrevista se intenta reflejar y demostrar este impacto cultural a partir de la deforestación de los bosques que desvanece su fuente vital de recursos materiales y su patrimonio espiritual.

*¿**Nowet**, por ejemplo, sigue vivo o no? (en la comunidad)*

Eso es lo que siempre nosotros no preguntamos con los ancianos. Según la visión, la cosmovisión de los qom, digamos, de que existía ese cuando estaba el monte virgen. Cuando estaba solo la etnia qom en este territorio. Existía. Y Nowet fue quien le salvó a nuestra comunidad, digamos, porque mediante él fue que salvaron de los militares, porque en aquel tiempo estaba él al lado de nuestros ancianos. Siempre existían. Tenían una comunicación de él. O sea, había personas de que eran expertos, o sea, tenían ese don de comunicación.

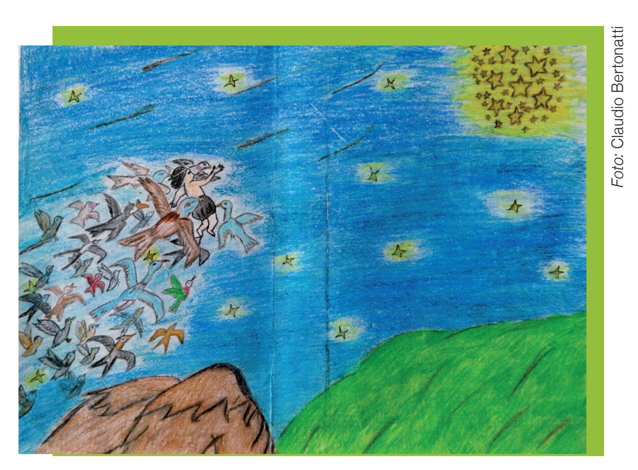


Foto: Claudio Bertonatti

Ilustración de las Madres Cuidadoras de la Culltura Qom Pampa del Indio, Chaco.
Esta es una representación de una leyenda ancestral que explica el origen del grupo de estrellas “Rapiche” que sirve como puntal para que los niños tengan respeto por la fauna y la vida en armonía con la naturaleza.

*¿Los **Piognak**?*

Piognak y otros.

Ah, ¿otros también?

Sí, había otros que tenían ese don de comunicarse con eso. Y que en este momento se va perdiendo también. Eso ya para nosotros es difícil. No sabemos si existe o no. Pero, sí, nuestros ancianos se dan cuenta que ya dentro de aquí no, ya no existe más. Por la tala de monte y también por "la sexta", digamos.

¿Qué es eso?

Bueno, y cuando llegaron los evangélicos, entonces, ya no tienen más comunicación con la naturaleza. Porque le decían de que solamente Dios tiene comunicación con el hombre y no con la naturaleza. Entonces es como que se va perdiendo eso. Y ya en este momento, no. No sé, es lo que digo yo, que no. Es raro. Puede ser alguna, algún lugar que haiga, este… monte. No sé dónde… pero debe haber.

Sí, queda, cada vez menos y más lejos.

Claro, porque, por ejemplo, este… en este momento cuando se habla de los *piognak,* y lo que a nosotros nos dicen de que comparando de antes, los *piognak* de antes eran más expertos en muchas, de muchas enfermedades. Y eso era porque existían los seres espirituales, que son naturales. Pero en este momento ya no… Por eso que muchas enfermedades no pueden sanar. Y… siempre dicen nuestros ancianos, de que solamente las personas que viven allá en el norte, no sé dónde, pero… por ahí viven algunos que pueden tener ese poder de sanar algunas enfermedades que no se le puede muchas veces curar en la ciencia. En la ciencia científica, digamos, pero sí… este… otra persona puede curar.

Porque, viste, que desde el momento en el que hay menos monte hay menos variedad de plantas medicinales…

Sí, también…


Foto: Claudio Bertonatti.

Cultivo de algodón desplazando bosque chaqueño.

Entonces, tenés menos remedios…

¡Claro…! Por ejemplo, acá en nuestra zona tenemos algunos yuyos este… medicinales, pero no muchos… Si nos vamos al monte… podemos encontrar. Algunas veces nos vamos acá, en el Parque Provincial, con los alumnos de la UNNE *(Universidad Nacional del Nordeste)* para el reconocimiento de plantas medicinales y árboles. Ahí encontramos algunos remedios naturales: raíces… este… ésta *(señalando el tronco de un chañar)*, la corteza de los árboles, la cáscara… Y también las hojas, los frutos… Ahí se puede encontrar. Y también, en la costa del río Bermejo. Ahí, también se puede encontrar, porque hay medicinas naturales que son del monte y medicinas naturales que son de acá, de la pampa, donde nosotros vivimos.